



De bibliotecas, sedes, sitios y otras digresiones

Lisa Block de Behar

*Facultad de Información y
Comunicación*

Universidad de la República



Resumen

Entendida en más de un sentido, interesa en este trabajo atender las diversas referencias de *biblioteca*, así como las representaciones con que escritores y artistas la han imaginado. Son obras en las que predomina la preocupación por las violencias y la destrucción que han padecido en el pasado, versiones melancólicas de una desaparición que se prolonga en las reflexiones contradictorias que suscita la era de la digitalización, de transformaciones sustanciales que las relevan, las destacan y desplazan a la vez.

Palabras claves: Bibliotecas - imaginación - representación - destrucción - digitalización.

Key words: Libraries - imagination - representation - destruction - digitalization.

Las bibliotecas tienen la palabra

No sorprende que los libros refieran a otros libros, más aún, sorprendería que no aludieran a alguna publicación contemporánea o del pasado. No es muy frecuente, en cambio, que los libros aludan a bibliotecas, aunque los libros no existen aislados.

Salvo una severa ortodoxia que privilegie la lectura excluyente de la Biblia, y asegure el ejemplar que, a disposición del eventual huésped, se



encuentre en las habitaciones de los hoteles –en países anglosajones, sobre todo– los libros existen reunidos en anaqueles, en estanterías de diversa forma y dimensión, en *armarios*. Nombres o muebles, los armarios inducen a asociar armas y letras, un tópico que reivindican no solo las guerreras y letradas divinidades escandinavas, o la proclama pronunciada por Don Quijote en su presumiblemente irónico y muy citado “curioso discurso de las armas y las letras”. Ambas han sabido conciliar el plomo, el de las letras en las imprentas con el de las armas, un pesado metal, un pasado en común y aún latente.

Cuando de libros y bibliotecas se trata, sería difícil no mencionar la Biblia. Incluso sería más que redundante decir que la Biblia está presente desde el comienzo, y ahí estamos.

Para ilustrar y desacralizar la vigencia de esa presencia inicial, recordaría que al ingresar a la *Beinecke Rare Book Library* de la Universidad de Yale, en New Haven, se advierte, en primer lugar, un espléndido ejemplar de la Biblia de Gutenberg, abierto de par en par, emplazado en el interior de una gran vitrina a través de cuyos cristales se ven los numerosos libros –éditos e inéditos– que la prestigiosa biblioteca atesora.



Ambivalente, su presencia da cuenta de una situación habitual, como si ese ejemplar monumental de la Biblia estuviera en un altar secular, expuesto en la Biblioteca y desde siglos atrás. Por un lado, sus reflejos reverberan en todos los libros que se vislumbran a través de los cristales pero ese ejemplar no se encuentra entre ellos: esos mismos cristales separan su solemnidad de los otros volúmenes generando un espacio distinto, distinguido. Un libro sagrado, en efecto, “separado” (que es esa una de las significativas acepciones del adjetivo) gracias a la relevancia que sugiere cierto aislamiento: la santa soledad con que su cultural condición lo distingue. Así ubicado, pone en evidencia una suerte de intertextualidad espectacular, una puesta en escena de las variaciones teóricas que no desconocen la deseada transparencia entre textos que, como en este caso, entre reflejos y reflexiones, lo releva como el Libro por excelencia, por antonomasia, como su nombre griego y en plural lo registra.

Allí, en la penumbra de la sala, protegido por vidrios invisibles, un libro irradia hacia los demás libros “la alquimia del vidrio”. Semejante a las especulaciones que proponía Anselm Kiefer en la exposición “La alquimia del libro”,¹ donde precisamente exhibía sus obras a través de vidrios que hacían ver, como fantasmagóricas figuras de la transparencia, fragmentos de la era

1. Centre Georges Pompidou, París. Desde el 16 de diciembre 2015 hasta el 18 de abril de 2016.



Biblia de Gutenberg en la Beinecke Rare Book Library de la Universidad de Yale.

industrial, restos de máquinas viejas, pedazos de metales herrumbrados, fotografías, cintas de películas, objetos de plomo... Un “mundo saturnino” con una historia triste y misteriosa que muestra los vestigios melancólicos de su fantasía, esas estelas del recuerdo que, como rastros en el agua, las vitrinas y vidrieras suelen detener.

Entre otros artistas, Kiefer no pasa por alto estos cambios y realiza dos exposiciones contemporáneas sobre “el peso de los libros”: una en la *Biblioteca Nacional de Francia*, otra en el *Centro Georges Pompidou*. Ambas ocurren precisamente en medio de una multiplicación de debates sobre las trasmutaciones de la materia que constituye el libro, cuando se vislumbra, en su evolución, el advenimiento de una inminente panacea universal que la incontenible avalancha de la digitalización promete y promueve. Las bibliotecas están atravesando, en efecto, la etapa de su conversión digital, uno de sus avatares, no el último pero el más reciente y vigente, feliz y conflictivo al mismo tiempo, el más radical, el que más las afecta.

Aunque libros y bibliotecas se requieren de manera solidaria y recíproca no se confunden. Una diferencia objetiva de la que el humor alguna vez se ha hecho cargo:

- ¿Por qué están todos los libros dispersos y tirados en el suelo?
- ¿Conoce usted a alguien que preste bibliotecas?

En Biblos, una remota ciudad de Medio Oriente, tal vez la más antigua, era abundante el cultivo del papiro en el que también habrían sido inscritas las primeras versiones de las Sagradas Escrituras. De una figura retórica a la otra, se desliza la particularidad geográfica del topónimo oriental a una denominación universal. Aunque parcial, discutible y hasta lamentable, la definición del *Diccionario de la Real Academia Española*, reconoce el origen del significado de *Biblia*: del gr. “βιβλία, literalmente ‘[los] libros’: “1.f. Libro sagrado del cristianismo, que comprende el Antiguo y el Nuevo Testamento”.

De criterio lexicográfico impugnable, la afirmación no se redime por conceder una entrada aparte a *Torá*.

Una pluralidad de referencias

Son varias las acepciones a las que *biblioteca* remite. Si es necesario, ante discrepancias o dilemas, se consultan “por lo menos dos”, así se dice. Además de esas bibliotecas a las que se recurre en busca de dos o más argumentos para contraponerlos o no, la misma palabra sirve para designar una institución tradicional y prestigiosa a la que se confía la adquisición de libros, de periódicos, la verificación de documentos para su ordenada conservación y prudente circulación de acuerdo con las normas institucionales que establece.

Biblioteca significa, además, tanto el mueble como el inmueble, sin que importen los materiales con que fueron contruidos ni la ubicación que ocupen en sus respectivos emplazamientos. Más allá de hacer referencia a las instituciones, al local y a sus instalaciones, al objeto público y privado, *biblioteca* significa y denomina, en términos editoriales, una colección de libros reunidos bajo un mismo rótulo, una serie de publicaciones que se ajustan a un mismo criterio y propósito intelectual, literario, artístico, científico, comercial. Por ejemplo, en 1931 un joven editor independiente, Jacques Schiffrin, crea La Pléiade en la muy conocida y productiva editorial Gallimard. En 1940, destituido por Gaston Gallimard, que aplicó sin dilación las leyes antijudías impuestas por los nazis, Schiffrin se vio obligado a dejar su puesto y exiliarse en Estados Unidos. En Nueva York, entre otros prestigiosos exiliados (Claude Lévi-Strauss, Max Ernst, Marc Chagall, Marcel Duchamp, André Breton, y muchos más) siguió creando colecciones, definiendo contratos editoriales, con la editorial SUR de Victoria Ocampo, entre otras. En extremo prestigiosa, la Bibliothèque de la Pléiade, todavía existe con indiscutida y complaciente circulación, sin que se recuerden ni los objetivos iniciales de la colección ni a su inventor.

Otra invención, más allegada a nuestras circunstancias, tuvo lugar en 1974 en Venezuela. Un decreto presidencial hizo realidad la iniciativa de

Ángel Rama y de José Ramón Medina, formalizando la bienvenida existencia de la *Biblioteca Ayacucho*, una inigualada colección representativa del pensamiento, la imaginación y la historia de América Latina, atenta al valor patrimonial de obras y autores desde los tiempos prehispánicos hasta la azarosa actualidad. Definida inicialmente en los mejores términos por sus fundadores, la editorial ha publicado a centenares de autores emblemáticos de América Latina, “desde nuestras raíces indígenas hasta los fundamentos ideológicos y artísticos contemporáneos de Nuestra América”, al margen de diferentes intereses personales y de fluctuantes decisiones oficiales.

Además de estos usos más o menos figurados, en su sentido más restringido y literal, *biblioteca* designa la institución que se dedica a reunir variedad de publicaciones y escritos: folletos, periódicos, mapas, monedas, medallas, imágenes, grabados, manuscritos, correspondencia y documentos diversos. Pero la biblioteca no sería tal sin la colección de libros que la definen. Dada esa condición necesaria habría sido más conveniente, o más convencional, comenzar por el principio y, si el origen los implica a ambos (comienzo o principio), no debería asombrar que una vez más se recurra a la precisión de las etimologías para confirmar que la verdad y el origen se confunden en una misma indagación verbal y arqueológica.



De la verdad de los libros y de la índole natural de su origen

*A circulating library in a town is as an evergreen
tree of diabolical knowledge! It blossoms through
the year!*

R. B. Sheridan

Si se opta por las indagaciones de carácter etimológico, se desearía que el pasado de *libro* coincidiera con el pasado de *libre, de libertad*. Pero la supuesta familiaridad de esas nociones solo respondería a asociaciones sonoras similares justificadas por la llamada *etimología popular*, poética a veces, a la que el DRAE da entrada formal e igualmente discutible a partir de la acepción de *etimología popular*:

1.f. Gram. Interpretación espontánea que se da vulgarmente a una palabra relacionándola con otra de distinto origen.

En verdad, el origen de *libro*, ajeno al de *libertad*, es igualmente interesante porque entabla, como otras obras pertenecientes a las bellas artes y buenos oficios, una relación *natural* entre la naturaleza y la creación por

medio de una “interpretación hermética del Mundo” (Kiefer 2015 3), recurriendo a “las culturas más antiguas y a los saberes perdidos de libros que permitían al hombre recuperar un vínculo directo con la naturaleza” (Kiefer 2015 8).

De la misma manera que por *cultura* se entiende (entre otros significados) tanto la actividad de cultivar la tierra como el conocimiento de las obras espirituales individuales o colectivas del ser humano, el libro que ha sido, tradicionalmente, uno de los mejores medios de difusión cultural concilia en su propia historia esas diferentes calidades, natural y cultural, que suelen considerarse, si no antagónicas, opuestas. La invención del libro resume una procedencia material y otra intelectual que cifra, desde el origen, dualidades que son las que definen la condición antropológica. Predestinado a la obstinada reflexión del doble, el ser individual y humano concilia esos aspectos diferentes que la escritura y sus sustratos avalan.

Aun cuando ya no se escriba sobre la superficie del *liber, libri*, como se denomina en latín la fina película que se desprende de la parte interior de la corteza del árbol (un tecnicismo botánico), que dio origen a *libro*, en español o, con distintos antecedentes, al inglés *library*. Una publicación, en una lengua, y una colección, en otra, la *raíz* (valga el campo metafórico común), remite a ese pasado vegetal compartido. Es lógico, o por lo menos previsible, que un deslizamiento retórico similar al latín se haya registrado en inglés antiguo, aunque partiera no de una parte del árbol sino de un tipo de árbol: ingl. *beech*, “haya” que derivó en *boc*, inglés *book*, *Buch* en alemán y términos afines en otras lenguas anglosajonas. No se apartan del mismo campo metafórico *florilegios* y *antologías* que, según se presume, seleccionan y coleccionan lo mejor de una producción poética o artística.

¿Por qué esta apelación a antecedentes botánicos? Más allá de etimologías y coincidencias de una historia verbal que cruza distintas culturas consolidando un imaginario común, estas aventuras en tierras de Cratilo, que el famoso personaje de Platón habría celebrado, convergen atravesando tiempos y temporales en imágenes que revelan la destrucción, el sacrilegio, libros de devoción ultrajados, en llamas, la profanación de escrituras borradas por el fuego, versículos y comentarios que no lograron proteger las envejecidas encuadernaciones de cubiertas cuarteadas, poco aptas para guardar en un estragado palimpsesto trazos desleídos de épocas remotas.

Un fotógrafo, Yuri Dojc, recorre las heridas ruinas de la cultura judía en Eslovaquia. Reunidas en *Last Folio* (Dojc & Krausova 2011), notables, sus fotografías logran transformar la crueldad en belleza, la atrocidad en una metáfora visual y botánica que estremece. De los libros restan solo algunos rastros en reliquias venerables. Sin comentarios la palabra deviene pura imagen, muestras de bibliotecas devastadas, de libros sagrados que, fracturados, parecen crujiir, desintegrándose al roce de la mirada, huellas escriturales de una destrucción impía, despiadada. Revelan, sin embargo,



Rollo de la Torá.
Fotografía de
Yuri Dojc.
"... desechos
de libros
recuperados
por la magia
fotográfica de
una circularidad
estética que
parece superar
la muerte, los
rollos de la
Torá arrasados
retornan a su
origen botánico
desafiando el
desastre, sin
resignarse a
soportar las
huellas de la
violencia nazi".

dando espacio a una esperanza, la índole primera, natural, vegetal, del papel.

Revelan la fiel fe de lecturas y oficios olvidados, penosamente ignorados, delatando la violencia sacrílega de la que fueran víctimas: “Ningún paisaje, ningún lugar, ninguna persona puede considerarse inocente. Todos culpables” (Kiefer 2015 3). Esta sentencia, que condena toda una época, es una cita del film, *Hitler, un film d’Allemagne* (1977) de Hans-Jürgen Syberberg.

Decía Márcio Seligmann-Silva en la inauguración de la exposición de “Last folio”² en San Pablo:

Fotografar é congelar um átimo de tempo e espaço, transformá-lo em *memento*, em suvenir que pode ser arrastado e interpenetrar outros tempos e espaços. Toda fotografia, assim, é paradoxal, recusa a cronologia, o fluxo do tempo que nos leva para o nosso fim. Mas ao deter o trabalho do tempo, ela remete também à nossa efemeridade. Uma foto é uma imagem que potencialmente pode sobreviver àquilo que ela retrata. Fotografia e morte sempre estiveram aliadas: ela é ao mesmo tempo um antídoto contra a passagem do tempo, como também nos remete ao nosso ser efêmero, submetido ao reino da morte. No século XIX e em boa parte do século seguinte a fotografia de mortos se tornou um gênero: como se a fotografia fosse um meio de embalsamar e eternizar – garantindo uma sobrevida.

La visión fotográfica rescata en la catástrofe la prédica del origen. Las páginas desgarradas vuelven a la naturaleza de la que partieron, previa a las palabras, ecos de letanías, de cánticos memorizados, la santidad en fragmentos. Una exhibición de volúmenes quemados, hojas de libros deshechos, hojas sueltas, secas, muertas. Son desechos de libros recuperados por la magia fotográfica de una circularidad estética que parece superar la muerte, los rollos de la Torá arrasados retornan a su origen botánico desafiando el desastre, sin resignarse a soportar las huellas de la violencia nazi.

Dolorosa, se constata la predicción de Heinrich Heine: “Esto fue solo el prelude. Cuando se empieza por quemar los libros se termina por quemar también a las personas” [*Das war ein Vorspiel nur, dort wo man Bücher verbrennt, verbrennt man auch am Ende Menschen*]. La sentencia está grabada en una lápida oscura, casi inadvertida, adyacente a *Die Bibliothek* (1995), emplazada en la Bebelplatz, un memorial bajo tierra. Similar a los lugares de la memoria, evoca, reducida, disimulada, desde otro espacio, interior, anterior, escondido a medias, el sitio donde unos 20.000 libros,

2. Márcio Seligmann-Silva: “Last Folio: o testemunho tardio dos judeus da Eslováquia nas fotos de Yuri Dojc”. Conferencia pronunciada el 18 de agosto de 2016 en la apertura de la exposición de fotografías de Yuri Dojc. UNIBES Cultural, San Pablo, Brasil. La información figura en su mensaje de correo electrónico del 19 de agosto.

considerados obras de autores degenerados, fueron quemados el 10 de mayo de 1933, en una horrenda hoguera atizada por estudiantes de la Universidad de Humboldt, fascinados por odios que los discursos de Goebbels enardecían. La aniquilación y el fuego, allí en la muy transitada avenida de los tilos, Unter den Linden, frente a la Universidad, los estudiantes participaron en un auto de fe que anticipó el aniquilamiento mayor.

Poco tiempo después

Llama la atención una primera alegación del rector Heidegger que habría debido prohibir la quema de libros. Al contrario, invocó el fuego purificador durante “el auto de fe simbólico” de libros (*symbolischer Verbrennungsakt von Schmutz- und Schundliteratur*) del 24 de junio de 1933, donde pronuncia su *Feuerspruch*, que comienza así: “Llama, anúncianos, ilumínanos el camino *desde donde no existe regreso*”. (Rastier 2016 121-13) (Traducción mía)

La *Bibliothek* de Misha Ullman, a esta altura tal vez demolida por el avance de las construcciones de la urbanización que desquita, acelera, el estancamiento de un Berlín sometido durante varias décadas a más de un totalitarismo, no sé si aún existe. La estantería subterránea, de compartimentos vacíos, apilados, despojados, podría haber contenido libros, imágenes de personas en agonía, cajones de libros abandonados o de cadáveres desaparecidos. Todo un mundo se desploma.

¿Quién diría que son estantes de una *biblioteca* esas filas verticales de nichos huecos donde no resuenan ayes ni figuran nombres ni anónimos? En medio de la plaza, al pasar, alguien advierte la fosa, se detiene al borde de la superficie transparente de esa capa gruesa de vidrio o acrílico. Circunspeto, mira hacia abajo, ve una ventana horizontal que no muestra estratos tectónicos ni una tumba vacía. Otros caminantes se acercan, se suman, se reúnen en silencio, desconcertados miran pero no hay nada, solo estanterías sin objetos. ¿Veinte mil libros quemados en una noche? ¿Se encontrará aún *Die Bibliothek* en su sitio, en el centro de Berlín o habrán dado por terminada los buldózers municipales la destrucción iniciada por quienes los precedieron?

Bibliotecas depredadas, despojos de publicaciones amontonadas que el plomo fundido no distingue. *Shevirat Ha'kelim*, como prefirió denominarlas Anselm Kiefer en hebreo a esas vasijas quebradas, preservando la fórmula de una antigua creencia cabalística. Exhibidas en varios museos de arte contemporáneo y en las más prestigiosas galerías del mundo, esas vasijas quebradas o quemadas monumentalizan, tenebrosas, la obsesión del artista alemán: la aniquilación de la cultura, la destrucción de bibliotecas enteras como pueblos arrasados. ¿Cómo podría pretender la historia asumir

la ausencia de multitudes incontables de personas asesinadas si las víctimas desaparecieron, por crímenes sin registros ni testigos? ¿Cómo representar la ausencia? ¿Cómo superar la aporía de la representación? ¿Cómo rescatar de las hogueras el humo de una humanidad en cenizas?

Representaciones de una imaginación contradictoria

Ensombrecidas, afligen estas ruinas de bibliotecas sometidas a la historia. Análoga, paradójica, su representatividad negativa las legitima y, aun en ausencia, las restituye.

No convence, en cambio, la arrogancia mimética de un edificio, de varios, que representan un libro, dos, tres, cuatro, en construcciones en exceso monumentales. El conjunto incurre en la redundante pretensión de erigir bibliotecas que imitan libros, torres que pretenden emular volúmenes abiertos en ángulo recto en las cuatro esquinas de una vasta explanada. Demasiado icónicos, más que sugerir imponen su cometido y la trivialidad analógica del grandioso emplazamiento hace escaso honor a la discreta presencia de libros o a las parquedades de la lectura.

Si algunos razonamientos simétricos valen, habría que suponer que si las bibliotecas desaparecen, también deberían aparecer, aunque no es frecuente que eso suceda. Pero la historia suele sorprender y, por eso, alguna vez ha ocurrido que una biblioteca reaparezca. Hace poco llamó la atención la aparición de una colección de manuscritos encontrada en una caverna de la China, luego de más de diez siglos de haber permanecido oculta e ignorada:

En los bordes del Desierto de Gobi, en China, como parte de una red de santuarios rupestres en Dumhuan, conocida como las Mil Grutas de Buda, estuvo cerrada por casi mil años. En 1900, el monje taoísta Wang Yuanlu –un guardia no oficial de las cuevas– descubrió la puerta escondida que conducía a una cámara llena de manuscritos originarios del siglo IV hasta el siglo XI. (Perlez 2015) (Traducción mía)

Es peculiar y auspicioso ese misterio de las bibliotecas. Cada tanto se exhuman escrituras de tiempos pretéritos ocultas en los lugares más insólitos. Dadas las destrezas tecnológicas actuales, que facilitan la búsqueda y el hallazgo, ya avanzaron algunos proyectos hacia el rescate de miles de páginas desconocidas, encuadernadas, intercaladas en códices medievales que las ocultan por razones casi siempre enigmáticas, escrituras –algunas indescifrables– que empiezan a ver la luz y a ser estudiadas por expertos, arqueólogos que intentan recuperarlas. Más cercanas, inesperadas, las páginas asoman sus bordes entre lomos mellados y tapas gruesas, gastadas, de libros viejos. Cuanto más olvidados, mejor se conservan.



¿Se habría referido Amos Oz a esos descubrimientos insospechados cuando, de niño, deseaba convertirse en libro –no en escritor: en libro– y así poder sobrevivir en algún lugar lejano, recóndito, en el que las persecuciones no lo acosaran ni masacraran como a sus antepasados? De las copias, por millares, podría haberse salvado alguna, sospechaba, y sin embargo... no siempre fue así. Hace unos años busqué algunos títulos de autores alemanes, judíos, en la *Staatsbibliothek*, allí donde Walter Benjamin estudiaba en sus años de Berlín y Wim Wenders lo evocaba concentrado, meditando entre manuscritos suyos y ajenos. En esa biblioteca de Berlín, revisando ficheros y computadoras, podía leer los títulos bajo un sello lapidario: *Kriegsverlust*, “perdido en la guerra”.

¿Cómo recuperar libros que leímos, que deseamos, que necesitamos consultar y no encontramos? ¿Cómo investigar, cómo pensar y escribir sin bibliotecas? En los años 30, Erich Auerbach, filólogo, crítico, historiador, que trabajaba en esa misma *Staatsbibliothek* de Berlín antes de la Segunda Guerra Mundial, debió viajar a Estambul, ciudad de la que no pudo regresar por haberse impuesto en Alemania las brutalidades del nazismo con la anuencia de quienes participaban en la violencia criminal oficial o adherían desde la indolencia cómplice. ¿Cómo pudo Auerbach investigar y escribir *Mimesis, la representación de la realidad en la literatura occidental*, un estudio erudito, desprovisto de sus libros, lejos de las bibliotecas necesarias, en un país extraño de lengua incomprensible, obligado a permanecer



allí durante los años de la guerra? ¿Logró Auerbach recurrir a su “biblioteca imaginaria”? Si en esos años André Malraux concibió la noción de *museo imaginario*, no señaló (tal vez por demasiado clara) que se trataba de un refinado ejemplo del arte en la época de su reproductibilidad tecnológica. En su ilustrado volumen *Las voces del silencio*, Malraux (1951) aludía al conjunto de reproducciones que el estudioso, el visitante, el turista, acostumbraban a llevarse consigo, recuerdos de su pasaje más o menos fugaz por templos, mausoleos, palacios, bibliotecas y otras maravillas.

Los museos editan pesados catálogos cada vez más pesados. ¿Se trata de contrarrestar la levedad de sus homólogos en Internet? En distinto soporte, aparecen imágenes célebres, postales, videos, films, casetes, cd, dvd, *pen-drives*, con las mismas reproducciones, los *highlights* del museo. Se ofrecen todo tipo de objetos: jarras, platos, camisetas, adornos de distinto tamaño y dudoso interés. Los *bookshops* de las bibliotecas ofrecen *literary napkins with Shakespeare's sonnets* (¿servilletas literarias con sonetos del Cisne de Avon!), los *souvenirs* sustituyen la fragilidad de la memoria con objetos de uso doméstico y gusto discutible, reduciendo los vestigios de la experiencia a fragmentos estereotipados, burdas o cuidadosas imitaciones de una obra que condesciende, por medio del *transporte*, a devenir otra cosa.

Malraux utilizaba *transporte* para redefinir (¿o justificar?) la categoría artística de las obras en función del desplazamiento desde su santuario de procedencia al museo y las consecutivas metamorfosis de la mirada a las que esos movimientos dan lugar. Pero, al aludir al museo imaginario Malraux, como antes Benjamin, se refería no solo a los desplazamientos de los que fue responsable sino también a la fotografía en blanco y negro, y a las facilidades de transporte de reproducciones cada vez más precisas, más perfectas en un álbum que la mente reúne. Es sabido que las fotografías prescindían de los atributos materiales del objeto que reproducen, y que la cámara capta y hace figurar, parciales, solo algunas analogías que abstrae de la forma. La reproducción reduce así la analogía a un registro de esas similitudes; la mente hace otro tanto, abstrae y retiene solo parte de los objetos que observa.

Ahora bien, y en este caso, no dejaría de hablar de la *biblioteca imaginaria*, una entidad que, a diferencia de las bibliotecas privadas o públicas (sitadas o situadas en su radicación establecida) existe en la mente memoriosa del lector y a la que aludía, estupefacto, el general Stumm von Bordwehr al penetrar en la Biblioteca Nacional de Viena. En la célebre novela de Robert Musil (1965), al echar una mirada a la colección de libros y calcular el tiempo de unos diez mil años que le llevaría leerlos, el general prefirió confiar en el asesoramiento del avezado bibliotecario. En la sala de catálogos, tuvo la impresión de penetrar en el interior de un cráneo.

Instalado en uno de esos cafés que abundan en la misma capital austríaca, Jakob Mendel, *Mendel el de los libros* (Zweig 2015; 1929, en

alemán), famoso por su memoria infalible y por la displicente generosidad de su sabiduría, las prodiga a quien se acerque a consultarlo. ¿Un precursor de los personajes memoriosos de Borges o de los igualmente librescos de Ray Bradbury?

Atónito ante ese “fenómeno bibliográfico”, cuenta el narrador que

[...] Mendel cerró durante un segundo el ojo izquierdo, igual que un arcabucero antes de disparar. Pero, de verdad, aquel gesto de concentrada atención duró un solo segundo. Después enumeró de inmediato y con fluidez, como si estuviera leyendo en un catálogo invisible, dos o tres docenas de libros, cada uno de ellos con el lugar de publicación, la fecha y el precio aproximado. (*Ibid.* 15-16)

Las líneas que siguen revelan una memoria aún más prodigiosa que esa somera muestra y dan indicios de una biblioteca imaginaria, descarnada, mental, con catálogos, fichas y datos incluidos, que Stefan Zweig imagina o describe entre las dos guerras.

La progresiva desmaterialización de las obras, su reducción a papel o a la menos consistente materia del archivo electrónico, sigue su curso y pasa a concentrarse en imágenes mentales, que son recuerdos, en recuerdos que son recortes de textos, en una memoria que flaquea y fragmenta. Perdida la consistente materialidad del libro, este adquiere el estatuto mental que tiene su asiento, su sede, en el ser, en cada uno. La colección, que también tiende a la abstracción progresiva, se convierte en una entelequia, personal, conceptual, intelectual. Más allá de las reproducciones de obras conocidas que adornan una mesa o se amontonan en un rincón del desván domiciliario, se arrumban en un lugar interior e imaginario donde cada uno las mantiene y conserva, un no lugar privado, íntimo y en reserva. Son colecciones personales, interiores como recuerdos, que también se dice *recollections* en inglés, aludiendo tanto a “recuerdo”, a “la memoria de algo”, una palabra que cruza las varias referencias que más nos interesan.

No siempre se entiende que *pesar* y *pensar* son términos trabados por el origen común de una sinonimia perimida. Sin embargo, en la actualidad, cuando la disminución de peso progresiva deviene una práctica ininterrumpida, no se atribuiría el precipitado desvanecimiento de bibliotecas y museos solo al proceso mental que desmaterializa libros y obras. Paralela a los trámites de desmaterialización, abstracción, conceptualización, parece discurrir, indiferenciada e infalible, la digitalización hacia el desafortado abismo informático. En esta era numérica, colecciones y bibliotecas enteras liberadas de sus medidas, de materiales que pesan, que acumulan polvo, que apetece a los insectos, que ocupan un considerable lugar en el espacio, imitan, por medio de la digitalización, el proceso de abstracción que una mente más que humana realiza. ¿Habría que lamentar la pérdida de lo material? ¿Habría que cuantificarla? ¿Cómo no estimar el aspecto intelectual y especulativo, la fantasía sin bridas que la levedad informática propicia?

Digitar una tecla, deslizar el dedo por la pantalla, el índice, en especial, cumple su función déctica que se ha vuelto el gesto emblemático de todas las funciones. Por un movimiento instantáneo vincula, con la celeridad de las asociaciones mentales de un lector atento, un texto con otro. De referencia en referencia, sin requerir ningún desplazamiento, el lector prescinde de enciclopedias vetustas, manuales imperfectos o descabalados diccionarios. Una indicación digital, apenas una suave opresión sobre el teclado o ese rápido deslizamiento del índice en la pantalla y, como una epifanía, ahí se presenta lo deseado a la vista.

Apostando a las palabras, ya que de jugar se trata, no habría que ceder a la tentación de comparar este doble gesto digital a la doble indicación, que confunde en una misma mostración la acción del Creador y la de Adán, en el famoso y enigmático fresco de la Capilla Sixtina, aunque el mundo se haya vuelto digital y, todavía ahora, artistas de ese rigor solo se puedan contar con los dedos. El dedo indica y, como el verbo al principio, muestra el comienzo, la Creación.

Se complacía Gérard Genette en contemplar los cuadros de Edward Hopper porque le ofrecían la posibilidad de no diferenciar el original de la copia, una indiferencia que le permitía valorar en la severidad lacónica de la tela indicios de la vocación fotográfica desde la pintura misma. Al soslayar la granulación de un lienzo y percibir la lisura de una superficie que no diferencia texturas, sustrae a las figuras del espesor que las oculta, la envoltura que encubre la obra en sí, esa cáscara matérica que la esconde:

Mi interés por Hopper no es de orden temático (soledad, silencio, postración, espera de lo que no llega, vacuidad, metáfora del autismo, etc.) [...] Más bien aprecio, según mi propia inclinación, una tendencia reprimida a la abstracción que mejor se revela en cierto pedazo de muro amarillo [...]. (Genette 2014 198)

Genette alude a uno de los pasajes más intensos de la novela de Proust, donde el narrador describe la perturbación que la pintura de Vermeer produce en el escritor, su personaje homólogo. La contemplación de un pequeño fragmento amarillo del cuadro precipita el drama, “como si Dios se escondiera en esos detalles”, podría haber apuntado Aby Warburg, de cuya colección y memoria habrá que ocuparse en otro momento.

Rupturas de la memoria

En tiempos de aflicción, museos y bibliotecas comparten una misma fatalidad. Así como desaparecieron gentes y pueblos en las masacres totalitarias, una suerte similar corrieron las colecciones. *El museo desaparecido* de Héctor Feliciano, el más reciente *Pourquoi brûle-t-on des bibliothèques?*,

traducido como *La biblioteca en llamas* (en prensa), de Denis Merklen, *Le front de l'art: défense des collections françaises, 1938-1945*, de Rose Valland, de Anne Sinclair *21, rue de la Boétie*. Son numerosos los libros, los filmes, las investigaciones que abordan el tema. Cuando cada vez son menos los pocos sobrevivientes, una atención mayor se dirige hacia obras que prolongan, póstumas, una posteridad para la que fueron creadas. Aun depredadas, saqueadas en los mismos y trágicos episodios, fueron muchas las que corrieron suerte afín.

En la amplia Judenplatz de Viena, frente a la estatua dedicada a E. G. Lessing, un bloque clausurado, un bunker, compacto y macizo, se destaca: *The Nameless Library*, la representación de una rígida y enigmática biblioteca sin nombres, sin entrada ni salida. De hormigón hermético, esta obra de Rachel Whiteread hace sospechar que podría contener libros vacíos, en blanco, una biblioteca que solo recuerda que no se recuerdan las decenas de miles de judíos deportados. Libros como urnas sepulcrales en esa ciudad donde otras urnas, electorales y recientes, no disimulan la vigencia trágica de un pasado ideológico igualmente alarmante.

Es cierto que este planteo concierne, más que a las bibliotecas propiamente dichas, a sus representaciones, de modo que, al prestarle atención a la *Bibliothèque Nationale* de París (antes de convertirse en la BnF) no dejaré de detenerme en el documental *Toute la mémoire du monde*, que Alain Resnais realizó en 1956 y que muestra en veinte minutos y algunos segundos el proceso al que el libro es sometido (y el matiz opresivo de la palabra vale) al ingresar a esa biblioteca paradigmática. Desde el comienzo el film impresiona por el ambiente macabro, la música triste, la banda sonora que sugiere una ejecución inminente, reflectores que encandilan en la oscuridad donde se encuentran sumidas pilas de libros y papeles amontonados, rejas en las barandas, rejas en las paredes, más rejas entre las que la luz apenas se filtra por corredores que se continúan en otros corredores, sin salida visible. ¿Imágenes tétricas inspiradas en las *Carceri d'invenzione*, de Piranesi o en *Nuit et bruillard*, 1955, el film anterior del mismo Resnais? “En París es en la Biblioteca Nacional donde se encarcelan las palabras” afirma, monótona, la voz del narrador.

Como si se tratara de un trámite policial, muestra el procesamiento de datos, minuciosos, inscritos en fichas que se ordenan en un fichero, un sello con reminiscencias tenebrosas se estampa en cada libro como un ominoso tatuaje. Concluido el fichado, se encierra cada volumen procesado en una jaula y allí “prisionero el libro espera su turno para ser colocado en su ubicación definitiva”. Los libros son distribuidos, discriminados, diría –por los términos concentracionarios que se usan–; los funcionarios, austeros, uniformados, los desplazan en carros, acumulándolos como cadáveres. Apenas se entrevén algunas tapas, palabras entrecortadas, ¿por qué el ambiente es tan siniestro?

No deja de provocar una semejante pesadumbre la detallada información que brinda un artículo muy reciente, del 17 de agosto de 2016, titulado “The New York Public Library is Moving 1.5 Million Books to an Underground Lair”, donde se anuncia que los libros de esa biblioteca extraordinaria serán reordenados en una nueva ubicación. La descripción podría ser una ilustración detallada de “La biblioteca de Babel” o un guion alternativo del film de Resnais, a tal punto son escrupulosas las medidas, rigurosa la preparación, rígida la colocación de los libros, lúgubre la composición. A pesar de los indudables beneficios que asegura la mudanza, también el ambiente es siniestro (Laskow 2016).

Impresiones igualmente escalofrantes suscita la lectura de “La biblioteca de Babel”. En algún momento el narrador de ese documental parece citar una frase del texto de Borges o el espectador cree escuchar ecos de ese cuento paradójico en el que Borges adelantaba, desde la ficción, el destino de una biblioteca de libros doblemente anónimos. No se mencionan ni autores ni obras: *NN nomen nescio*: ‘nombre desconocido’, en latín; *No Name*, en inglés; *Nacht und Nebel*, el proyecto alemán de exterminio. Más que las fechas, la carencia de datos, en una biblioteca donde no deben faltar, legitima la penosa asociación.



En el texto de Borges se detallan medidas, cifras, cantidades: los números prevalecen sobre las letras. Visión o previsión, el presunto cuento anticipa la conversión de los libros a una actualidad numérica (*numérique* es la traducción en francés de *digital*), indicando al comienzo que la biblioteca “se compone de un número indefinido, y tal vez infinito” pero no de libros (como podría suponerse) sino de galerías hexagonales, pozos de ventilación y otros datos de una instalación que ignora cualquier contenido poético. Ninguna alusión literaria, como si todo lo literario, como lo humano, le fuera ajeno. Experto bibliotecario, más que narrar, el narrador *describe* una biblioteca perfecta, donde no faltan anaqueles, lámparas, también hay libros, pero de ellos solo cuenta el número, de cada libro el número de páginas, de cada página, el número de líneas, de cada línea el número de letras. ¿Ochenta, contando los espacios? Anterior al llamado cuento, un ensayo de Borges sobre “La biblioteca total”, de 1939, deriva, a su vez, de un texto de “La biblioteca universal” de Kurd Lasswitz (1901) que Borges se complace en mencionar y replicar.

Sería un rebuscamiento sofisticado, una verdadera extravagancia, hablar de bibliotecas sin invocar a Borges. Su nombre es más que una contraseña indispensable para acceder al tema y así se entiende desde que la actualidad informática convirtió las geométricas utopías de su fantasía en una realidad cotidiana. Un libro no tan reciente, *Le pouvoir des bibliothèques. La mémoire des livres en Occident*, empieza el primer capítulo recordando:

Aquellos que se interesan en las bibliotecas, hablan a menudo de textos, libros, escritos, así como de su acumulación, de su conservación, de su lectura y exégesis. Seguramente tienen razón, pero hay cierto riesgo al limitar la ecología de los lugares de saber a los signos o solo a la forma de lo escrito, un riesgo que Borges ha ilustrado bien en su fábula sobre una biblioteca total que no remite sino a sí misma. (Baratin & Jacob 1996 23) (Traducción mía)

Las bibliotecas, privadas o públicas, particulares o institucionales, se instalan en locales o en lugares accesibles pero que inspiran una exacerbada intimidación, que no siempre la concurrencia frecuente logra superar. ¿Es la solemnidad del recinto la que despierta esta especie de turbación? ¿Por qué esta melancolía recurrente? ¿Resonancias de algún soneto de Quevedo, una referencia que, a esta altura, parece ineludible?

Retirado en la paz de estos desiertos,
con pocos, pero doctos libros juntos,
vivo en conversación con los difuntos,
y escucho con mis ojos a los muertos.

Universal, esa impresión no es una aprensión local o pasajera. Un estudio reciente atiende esa “ansiedad” que es sobre todo la “angustia” que despiertan las grandes bibliotecas (la autora se refiere a las universitarias), un problema que preocupa todavía hoy en día a profesores y bibliotecarios:

Library anxiety is real. The phenomenon, which involves feeling intimidated, embarrassed, and overwhelmed by libraries and librarians, was first identified by Constance A. Mellon in 1986. Her paper, “Library Anxiety: A Grounded Theory and Its Development”, reported that college students in particular are prone to library anxiety because they believe their research skills are inadequate, which makes them feel ashamed and unwilling to talk to the very librarians who might be able to ease their worries. (Morton 2016)

Espacio de recogimiento apacible, de silencio sobrio y sereno, “de placer estudiantil” al decir de Montaigne, en la biblioteca radicaría, sin embargo, una taciturna felicidad, el deseo de querer, de saber, de no abarcar.

Según Genette, Roland Barthes decía:

Yo me hice estructuralista para no tener que ir a la biblioteca pero resulta que el propio estructuralismo se ha vuelto una vasta biblioteca. Fue una observación acertada –prosigue Genette– pero tal vez no llegó a prever que él mismo se volvería una biblioteca. (Genette 2006 38)

Ordenado alfabéticamente, parodiando un diccionario, abundan en su libro las ironías con las que desdramatiza sus recuerdos y fantasías. En la entrada correspondiente a *Bibliothèques*, cuenta un sueño que se repite:

Camino en una calle de París en la que las fachadas hausmannianas se transforman poco a poco en estantes de libros superpuestos y alineados hasta el infinito, cada piso deviene un estante, cada ventana el lomo de un libro. Busco una dirección, y solo encuentro la ficha de una colocación ausente —esta, vacía, corresponde a una obra que falta, que no está en su lugar, y me despierto sobresaltado ante un “fantasma”. Esta pesadilla es injusta, puesto que el propio placer en la biblioteca es precisamente encontrar lo que uno no buscaba y viceversa. (*Ibidem*) (Traducción mía).

Una especie de fatalidad sugieren estas representaciones verbales y visuales de la biblioteca, una rara desolación, como si los fantasmas acosaran a las bibliotecas o a sus representaciones.



Tal vez no sea solo la actualidad satelital, la desterritorialización, la desmaterialización creciente, la inasibilidad de las redes, la naturaleza espectral que su razón informática depara a los libros y bibliotecas digitales. No se descarta cierta tristeza asociada al saber, a los libros, que procede del *Eclesiastés*:

2:12. E além delas § meu filho fique claro
Fazer livros em excesso § não tem alvo
E excesso de estudo § entristece a carne. (de Campos 1990 s/n)

Fue Haroldo de Campos quien transcreó el *Eclesiastés*, *Qohelet*, *O que sabe*, uno de los Poemas sapienciales de Salomón, el rey sabio y poeta, al portugués, suponiendo rescatar su poeticidad —tanto como le fuera posible— y ampliar, por medio de la traducción, los horizontes de “mi lengua explorando sus virtualidades al influjo del texto hebreo” (Ídem 33).

Tal vez proceda de ese lejano desaliento la confesión de Mallarmé, esa célebre elegía que repite, en versos muy citados, males milenarios:

La chair est triste, hélas! et j'ai lu tous les livres (Mallarmé 1979, 38).

Y entre el Rey poeta y el poeta francés no faltaron otros que hicieron suyas esas quejas. Tal vez un origen remoto, una vieja etimología, varias veces olvidada, huellas que siguen marcando desde el pasado el pesar de saber que ni el saber ni los libros consuelan. Si se tiene presente que *biblioteca* procede de *biblio* “libro” y *thékhe* “caja, cofre, tumba”, las afloraciones semánticas que la historia confirma, sus imágenes producen, involuntarias,

tristezas que involucran a la biblioteca donde rondan, entre libros y estantes, fantasmas de vidas pretéritas que no se resignan a desaparecer, como si una luz pequeña y oscilante tratara de animarlos.

Un espacio de esperanza

En los últimos años, y sin olvidar las contradicciones de su representación, la biblioteca empieza a ser noticia a partir de una nueva y decisiva mutación: su conversión en libros digitales, programas, herramientas, plataformas, encuentros académicos, investigaciones rigurosas y veleidades periodísticas se aproximan al controvertido universo de la biblioteca o a “El Universo (que otros llaman la Biblioteca)”.

Un historiador especialista en el siglo XVIII francés, Robert Darnton, director de las bibliotecas de la Universidad de Harvard, a quien el tema de la digitalización y de los archivos no le es indiferente, comprometido con proyectos decisivos, escribió numerosos artículos, muchos publicados en el *New York Review of Books*, reunidos en parte en *The Case for Books, Past Present and Future* (2009). Interesado en facilitar el acceso a las valiosas colecciones de las bibliotecas universitarias y nacionales a lectores de todo el mundo, implicado en los nobles propósitos de una República de las Letras similar a la que la Ilustración preconizaba, advierte en las dimensiones de Internet las posibilidades extraterritoriales de un reino apto para la invención, formulación y difusión de ideas, de conocimiento, sin fronteras ni aduanas. Celebra la puesta en línea de la valiosa correspondencia entrecruzada entre pensadores y políticos que hacían de la circulación del conocimiento el afán primordial de su acción y prédica. Su entusiasmo no le impide entender que las maravillas de acceder a ese copioso intercambio, que se verifica entre escritores, entre libros, los mejores, y bibliotecas, las más completas, no resuelve la clausura para quienes no cuentan con la formación ni con los medios necesarios para alternar en esos círculos satelitales. Sin duda, ve con optimismo la descomunal biblioteca que propicia Internet, los millones de libros que han ingresado a las redes y que están a disposición de todos todo el tiempo y desde todos los puntos del planeta, sin trámites ni gastos, donde el acceso y conexión a Internet sea posible. Pero no deja de anunciar la amenaza de una monopolización ilimitada de los medios, del poder creciente de los motores de búsqueda, las prácticas de Google en particular que se apodera de los tesoros de las bibliotecas y que se constituye en la biblioteca de las bibliotecas, la mayor, la mejor, pero con el tiempo o en poco tiempo, la única. Advierte sobre los fines comerciales de una empresa en la que predominan la necesidad de obtener beneficios, cada vez mayores, acuerdos con autores y editores, “Google podría convertirse en la empresa más grande del mundo en el negocio de libros”, mayor aún que Amazon. Son varios y reales los peligros.

Si muy lúcido aprecia Darnton las generosas bondades de una biblioteca completa, gratuita, accesible, una utopía literal que los recursos tecnológicos hacen realidad cotidiana y fantasía tangible (no es la palabra), y comparte las maravillas de una quimera que no se atrevieron a soñar ni los espíritus más aventurados, entiende que se arriesga demasiado al confiar la administración excluyente de la iniciativa a una empresa gigante y creciente, un robot que pudo y debió animar la Biblioteca del Congreso o una alianza entre bibliotecas universitarias y de investigación. Sus reconocimientos son muchos pero sus aprensiones, mayores.

Aunque más taciturno, es similar el planteo que formula Virgile Stark, seudónimo de un bibliotecario de la BnF, quien participó en las profundas mutaciones que allí se registraron al afianzarse la adopción de Internet. Su tono melancólico, el de su libro, *Le crépuscule des bibliothèques* (2015), apesadumbra aún más que las previsiones pesimistas de Robert Darnton.

¿Son nostalgias por el libro o por un acontecimiento literario en vías de extinción? De la misma manera que el narrador de Proust o de Sartre, de tantos otros escritores que confiesan su inicial fruición de lectores, en el libro de Stark no faltan los lamentos por la pérdida de sensaciones y sentimientos, asociados al pasado, a la iniciación a la lectura, a la experiencia primaria del puro tacto o contacto con la materialidad del libro. Nostálgicos, escritores lectores se adelantan a extrañar la aspereza de las páginas, la rugosidad o tersura de las tapas, los olores del papel impregnado del entorno, de la tinta, de los colores de una intensidad inimitable, el desigual peso en las manos... Como el narrador de Borges, que no menciona el contenido del libro ni las funciones de la escritura literaria sino la consistencia material o numérica de los volúmenes, a Stark le preocupa lo numérico en todos sus estados, quiere saber de qué modo transforma y altera la digitalización “el universo del libro, los oficios, el conocimiento, el cerebro”. Para Stark la alteración es grave y, según decreta, “El auto de fe simbólico ha comenzado”.

Desde esa visión catastrófica, como en los crímenes del pasado que se recordaban, los libros desaparecerían en la hoguera informática. Sin embargo corresponde preguntarse si no ocurre más bien lo contrario, si los libros, ahora más resguardados que nunca, no quedan a salvo, sin que los amenacen depredaciones, marcas infamantes, usos abusivos, secuestros, ultrajes que el descuido de lectores demasiado apasionados o de funcionarios igualmente negligentes podrían infligirles. Una vez instalados en la nube, en el espacio sideral, entre cometas o entre pantallas, allí donde Stark concentra todos los males, no corren mayores riesgos.

El ocurrente juego de palabras que titula el primer capítulo condensa sus desvelos: “*Absalon du livre*”. Como ocurre con las bromas, sería una pena más explicarlo pero la figura bíblica, la evocación del trágico crimen de que fuera víctima el hijo de David, por un lado, y el prestigio del Salón o Feria

del Libro en Francia, monotemáticamente interesado en “l’ère numérique” (según sus quejas), concurren a dar cuenta de su estado de ánimo, de sus angustias, de su debate apesadumbrado ante el aplanamiento creciente con que las tecnologías arrasan el espesor de los libros en pantalla. Al temor que prevalece ante los arrolladores cambios de una conversión a la que libros y bibliotecas ceden, se suma el temor a protestar, a parecer anticuado, de modos viejos, al margen de una actualidad que multiplica los cambios, de un *Zeitgeist* dominado por una tecnología en conflicto con la propia tecnología. En progreso constante, parece renegar de los propios progresos que propician la obsolescencia de sus logros, como si se retractara en cada instancia de sus conquistas, obedeciendo el ritual de un rechazo sistemático a la deplorada tradición contra la cual se expande.

Si entendemos por crisis el estado de cambio permanente, de cambio y crítica, una metamorfosis, una mutación, que transforma su sustancia y su forma, sin duda la biblioteca está en crisis. No sé si nada se pierde, pero es probable que, en la creación a la que la tecnología no aspira, nada permanezca o todo se transforme. La discusión continúa pero, se apruebe o no la digitalización, el hecho existe y nadie puede negarse a reconocer que sus virtudes son mayores que sus vicios, que si los libros se difunden, no solo los lectores se ven beneficiados, también los autores que se proponen llegar a ellos. Es posible que las instancias intermedias de la relación literaria (editores, distribuidores, librerías) vean alteradas sus atribuciones y deban adaptar a los recursos informáticos, a las bibliotecas en redes o en versiones digitales, sus rutinas de siglos. Una visión de la cultura está en transformación y una revisión, siempre positiva, prevalece.

Como pocas veces en la historia, la historia está presente; como pocas veces la literatura, las artes y las ciencias concurren y coinciden, pasado y presente, presente y futuro en un instante que no es ajeno a una anticipación de la eternidad, que está en el éter, que, etérea está en Internet. Así como en el citado cuento se hace coincidir la biblioteca de Babel con el Universo, ¿no correspondería recordar que algunas doctrinas religiosas ancestrales confunden el Paraíso con la Biblioteca? ¿Acaso no se ha analizado el término *Paratso* como una sigla que forman las iniciales de las palabras que, en hebreo, nombran las cuatro lecturas con las que se debe interpretar los textos sagrados? Si la biblioteca cifra su fe en el espacio, si el espacio es la esperanza, *nec spe nec metu*, sin demasiada esperanza pero sin ningún miedo, habrá que alcanzar o consolidar la dimensión sin límites, sin fronteras, la desterritorialización de las bibliotecas digitales que se sustraen a la fugaz eventualidad de las circunstancias porque fue esa, circular, la condición primera del libro, su principio, siempre recommenzado, y su fin, interminable.



Lisa Block de Behar, doctorada en la Escuela de altos estudios en Ciencias Sociales de París, es docente de la Facultad de Información y Comunicación, en la Universidad de la República. Obtuvo el Premio al ensayo literario Xavier Villaurrutia, en México, y el Premio a la investigación de la Fundación Alexander von Humboldt, de Alemania. Es autora de *Derroteros literarios. Temas y autores que se cruzan en tierras del Uruguay* (2015); *Borges. The Passion of an Endless Quotation*, 2nd ed. (2014); *Borges, Bioy, Blanqui y las leyendas del nombre* (2011); *Medios, pantallas y otros lugares comunes. Sobre cambios e intercambios verbales y visuales en tiempos mediáticos* (2009); *Jules Laforgue. Les métaphores du déplacement* (2004); *A Rhetoric of Silence and Other Selected Writings* (1995), entre otros libros.

AUERBACH, Erich, *Mimesis: il realismo nella letteratura occidentale*, Torino: Einaudi, 1977.

BORGES, Jorge Luis, "La biblioteca total", *Sur*, año IX, n.º 59, Buenos Aires, agosto de 1939.

DARNTON, Robert, *The Case for Books. Past Present and Future*, New York: Public Affairs, 2009.

DE CAMPOS, Haroldo, *Eclesiastés, Qohelet, O que sabe*, São Paulo: Ed. Perspectiva, 1990.

DOJC, Yuri & KRAUSOVA, Katya, *Last Folio. Textures of Jewish Life in Slovakia*, Bloomington: Indiana University Press, 2011.

BARATIN, Marc & JACOB, Christian: *Le pouvoir des bibliothèques. La mémoire des livres en Occident*, Paris: Albin Michel, 1996.

GENETTE, Gérard, *Bardadrac*, Paris: Seuil, 2006.

_____, *Épilogue*, Paris: Seuil, 2014.

QUEVEDO, Francisco de, *Poesía original completa*, Barcelona: Planeta, 1981.

KIEFER, Anselm, *L'Exposition*, Paris: Éditions du Centre Pompidou, 2015.

LASKOW, Sarah, "The New York Public Library is Moving 1.5 Million Books to an Underground Lair", August 17, 2016, http://www.atlasobscura.com/articles/the-new-york-public-library-is-moving-15-million-books-to-an-underground-lair?utm_source=facebook.com&utm_medium=bbcculture

MALLARMÉ, Stéphane, *Œuvres complètes*, Paris: Éd. De la Pléiade-Gallimard, 1979.

MALRAUX, André, *Les voix du silence*, Paris: Galerie de la Pléiade, 1951.

MORTON, Ella, "The Strange Affliction of 'Library Anxiety' and What Librarians Do to Help", August 04, 2016, <http://www.atlasobscura.com/articles/the-strange-affliction-of-library-anxiety-and-what-librarians-do-to-help>

MUSIL, Robert, *El hombre sin atributos*, vol. II, Barcelona: Seix Barral, 1965.

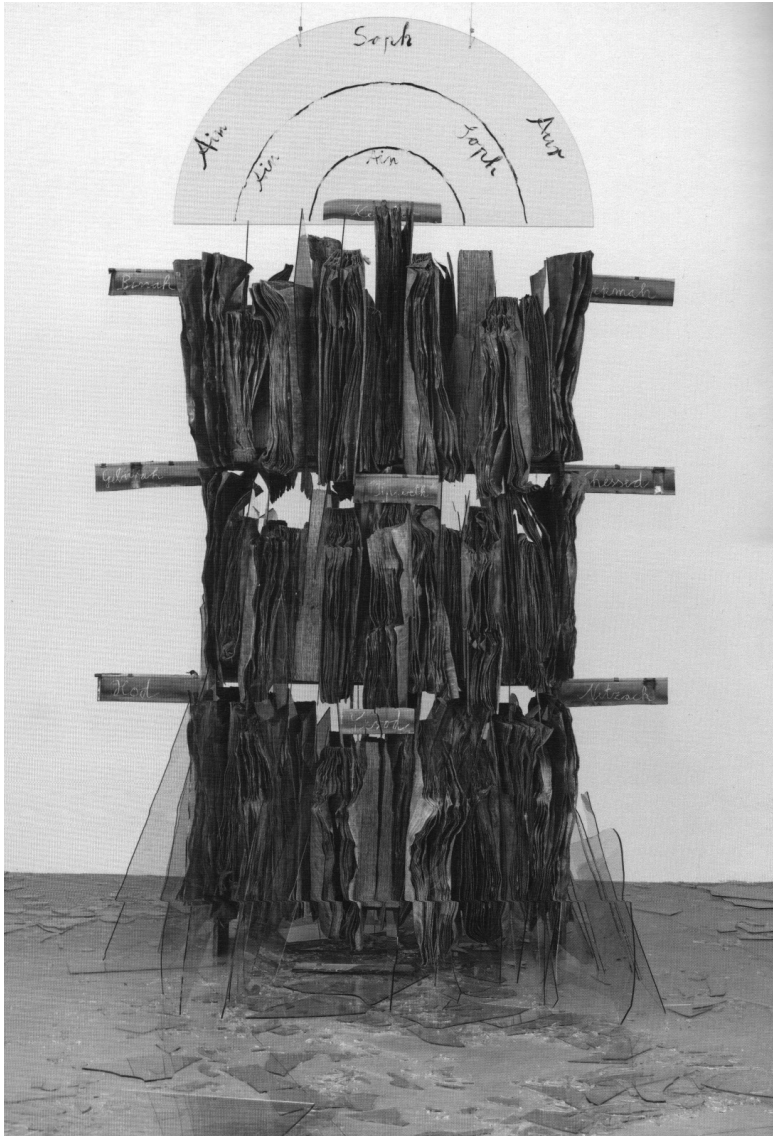
PERLEZ, Jane, "1,000 Years of Art at the Edge of the Gobi Desert", October 15, 2015, http://www.nytimes.com/2015/10/18/travel/china-gobi-desert.html?_r=0

RASTIER, François, “Des Juifs au secours de Heidegger?”, *Cités*, n.º 65, Paris, 2016.

SCHIFFRIN, André, *L'édition sans éditeurs*, Paris: La fabrique-éditions, 1999.

STARK, Virgile, *Crépuscule des bibliothèques*, Paris: Les Belles Lettres, 2015.

ZWEIG, Stefan: *Mendel et de los libros*, Barcelona: Acantilado, 2015.



SHEVIRAT HAKELIM (Vasijas quebradas)
Fotografía de Avraham Hay

Anselm Kiefer, *L'alchimie du livre*, Bibliothèque nationale de France, 2015. p. 14